



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	25 »
	Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.	pesetas: seis meses, 13 id., un año, id.	10 »
		En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id.	15 »
		Extranjero y republicas americanas, id.	15 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los dias 10, 20 y 30.	

10 de Octubre 1877.

NÚM. 16.

SUMARIO.

GRABADOS: Retrato de D. Francisco Javier Isturiz.—Salida de Pio IX del Vaticano.—Macbet y las brujas.
 TEXTO: ANDALUCES ILUSTRES.—D. Francisco Javier Isturiz, biografía, por la Redacción.—Descentralización literaria, por ENRIQUE DE SIERRA y VALENZUELA.—
 POESÍAS: Sobre el mar, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—¡Pobre María! balada, por ALEJANDRO HARMSSEN.—¡Esperanza! A la eminente poetisa Patrocinio de Biedma, por J. M. MILEGO.—Un beso en el corazón, por M.—La gran causa del bello sexo, decoración primera, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—La Cruz del barrio de San Agustín de Cádiz, por el CONDE DE FABRAQUER.—Explicación de los grabados.—Noticias bibliográficas, por BRUNETTO.—NOVELA: La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE R.—Noticias.—PASATIEMPOS: Rompe-cabezas.—Fuga de consonantes.—Solución a los Problemas.

ANDALUCES ILUSTRES.

DON FRANCISCO JAVIER ISTURIZ.
 † EL 2 DE ABRIL DE 1871

SERIA inútil pretensión la de querer encerrar en los límites de una noticia biográfica la vida política del eminente orador cuyo retrato aparece hoy en el CÁDIZ, en su galería de *Andaluces ilustres*. Presente está en la memoria de todos los que estudian nuestra historia contemporánea, y mucho más en la de los gaditanos, que recuerden con orgullo a su distinguido procurador en los Estamentos de 1835 y 1836.

En la imposibilidad, pues, de seguirle paso a paso en su agitada y gloriosa carrera política y parlamentaria, citaremos algunos de los más notables hechos, consagrando así el homenaje de nuestra admiración al gaditano ilustre, al eminente patriota que influyó tan poderosamente en los destinos de la nación.

Presidente de las Cortes en 1823, votó la destitución de Fernando VII en la célebre sesión del 11 de Junio, y cuando las bayonetas francesas levantaron en Cádiz el casi derrumbado trono de aquel Monarca, Isturiz comprendiendo los terribles decretos de proscripción que el triunfante bando apostólico fulminaba, huyó al extranjero, librándose de una muerte cierta.

En 1823, cuando la Reina gobernado-

ra Cristina abrió las puertas de la patria a los desterrados, volvió a Madrid, cuando agonizaba el poder de Zea Bermudez para nacer el de Martínez de la Rosa, uno de los fundadores de la escuela conservadora.

Procurador por Cádiz en la época que hemos citado, se hizo jefe de la turbulenta minoría exaltada, en cuyas filas se contaban hombres como Argüelles, Caballero y el Conde de las Navas; combatió al ministerio, negándose a aceptar la cartera de Estado que se le ofrecía, y lo derrotó definitivamente, entrando él a sus-

tituirle con Alcalá Galiano, Seoane, Barrio Ayuso y otros, el 13 de Mayo de 1836.

Desde esta época su política se modificó, mejor dicho se cambió, formando en primera línea en las huestes del partido moderado, que dirigió en muchas ocasiones con habilidad suma, el exaltado revolucionario de 1820 a 1823.

Sus antiguos amigos políticos le hicieron una violenta oposición, y algunos días después de la formación del ministerio, 67 procuradores aprobaron esta proposición: « Pedimos al Estamento declare que los individuos que componen el actual ministerio no merecen la confianza de la Nación. »

Isturiz disolvió las Cortes y llamó nuevo Estamento, pero ocho días después ocurría el motín de la Granja, y la revolución de 1836, que se inició con los asesinatos de los generales Saint Yust, Donadio y Quesada. Cayó Isturiz, y huyó segunda vez al extranjero.

Volvió a España, fué diputado en 1840, le eligieron presidente, y en el famoso *motín de las galgas* libró con su energía al Congreso de un escándalo, y a España de una vergüenza.

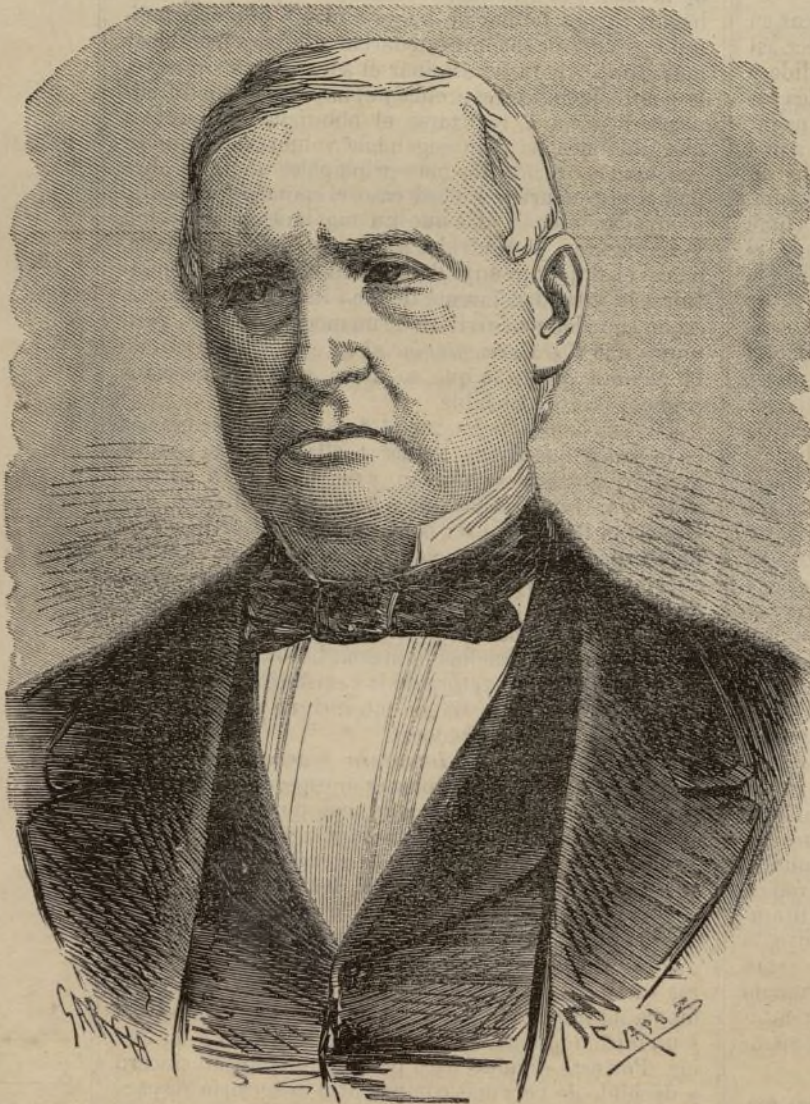
Formó parte del *comité central* de la liga de oposición al regente Espartero; huyó éste y volvió al poder el partido moderado.

Por último, el 3 de Abril de 1846, Doña Isabel II, depuso al ministerio Narvaez, cuyo jefe fué desterrado, y Don Francisco Javier Isturiz formó el nuevo gabinete que se conoció con los nombres de *casamentero* y de *familia*, porque se supuso que su misión no era otra que allanar las dificultades que surgían para las regias bodas, que se consumaron al fin.

Diputado, ministro, embajador, en la oposición ó en el poder, Isturiz tiene una historia siempre honrosa, como político y como hombre.

Retraído después, todo el mundo sabe la pena con que vió llegar las oleadas revolucionarias de 1868 a la personalidad sagrada de la Reina, de la hija de Cristina, a quien con tanta lealtad y afecto se había consagrado.

Los memorables recuerdos que Cádiz conserva del ilustre hombre público, cuyo nombre honra una de sus calles, nos han hecho consagrarle un lugar preferente en nuestra galería.



D. Francisco Javier Isturiz.—† el 2 de Abril de 1871.

DESCENTRALIZACION LITERARIA. (1)

En la ilustrada revista CÁDIZ, y en su número correspondiente al 30 de Julio, hemos leído un artículo titulado *Federacion literaria*, bellísimo como cuanto produce la pluma de la ilustre directora de aquel periódico, y basado en un sueto escrito por *La Mañana* el 13 del citado mes, sobre la conveniencia de descentralizar la vida literaria en nuestra nacion, y hacer que las provincias, constituyendo una literatura peculiar y propia, vengán a formar una verdadera federacion en este ramo.

A riesgo de que parezca impertinente nuestra ingenuidad, y aun olvidando por un momento nuestra falta de autoridad en la materia, vamos a permitirnos emitir nuestra modesta opinion sobre las declaraciones que en el artículo aludido se hacen y el nobilísimo pensamiento en que su autora se inspira, y que expone con la galanura de estilo que le ha conquistado merecido renombre en la república de las letras.

Empezamos por reconocer que *La Mañana*, al publicar diariamente una seccion literaria que ocupa con una regularidad nunca interrumpida toda su plana primera, obedeció sin duda á un propósito idéntico ó análogo al que se explana en el artículo de la revista CÁDIZ, pues la hemos visto dar á conocer á sus lectores la literatura de las provincias españolas, viniendo á ser como el eco que la reproduce y el espejo por cuya mediacion propagan sus destellos inteligencias privilegiadas, que acaso carecen en las localidades donde viven de los medios precisos para hacerse conocer y apreciar como merecen. Juzgando del mismo modo, se asocian al loable propósito del diario, nombrando hombres de reconocido mérito y que con justicia ocupan los primeros puestos en nuestra literatura, y nos consta de un modo fehaciente que el ilustre publicista á que CÁDIZ alude, aunque no es, como dicho periódico supone, director de *La Mañana*, ha contribuido poderosamente con sus preciosos consejos á la prosecucion de aquel proyecto nobilísimo y á que el deseo que á este diario animaba se haya visto coronado por el éxito más lisonjero.

Cumplido este deber de justicia, y sin prejuzgar opiniones ajenas, que nos son desconocidas, pasamos á exponer las nuestras respecto á la cuestion que de tan brillante modo trata la revista CÁDIZ, hallándonos al hacerlo tan lejos de la creencia de que nuestros juicios modestísimos puedan prevalecer, como del deseo de llevar el desaliento á los espíritus en que tan noble idea ha germinado.

Para nosotros es indudable la utilidad y la conveniencia de que la *federacion literaria*, en la acepcion con que admitimos la frase subrayada, se convierta en lisonjera realidad; y aún creemos que existen en las provincias preciosos elementos que utilizar para este fin.

El genio no es planta que sólo puede fructificar en una zona dada: arraiga en todos los terrenos, crece así en el monte gigantesco como en el valle escondido y en la extensa llanura, prestando á cuanto le rodea los encantos que le embellecen. Por eso sería locura negar que en todas partes resplandece y se manifiesta aquel destello de la divina inteligencia, y acaso más que en otra alguna se manifiesta en nuestra querida España, en donde un suelo fértil, un cielo hermoso, un clima benigno y una tradicion inestimable, predisponen el ánimo unas veces á la noble exaltacion que produce la inspiracion poética, don que prodigó la naturaleza de un modo casi universal á nuestros compatriotas, y otras veces á la reposada meditacion que da por resultado la investigacion de las verdades filosóficas y científicas.

Reconocido como incontestable nuestro anterior aserto, no necesitamos acudir al inmenso arsenal de nuestra historia antigua, ni presentar el cuadro de nuestra literatura contemporánea para justificar nuestras afirmaciones; como tampoco nos creemos obligados á aducir pruebas en apoyo de nuestra opinion, relativa al deber imprescindible en que se hallan los que poseen una inteligencia privilegiada, de coadyuvar con su valioso concurso á la obra del perfeccionamiento humano, haciendo sus concepciones del dominio público, para que en ellas tengan el apetecido pasto los espíritus que sienten noble avidez de sabiduría. Sólo de este modo cumple el ingenio su mision en la tierra; y buscar la soledad y el olvido, ó permanecer en estéril silencio, es en el hombre que lleva en su mente el inapreciable tesoro del talento un crimen igual al de negar la mano al naufrago que pelagra, ó amontonar en hondos silos infecundos caudales, mientras hay desgraciados que gimen en la miseria, hambrientos y desnudos.

Aún vamos más allá: pensamos que los que viven en provincias cuentan, para dedicarse á las tareas literarias, con el elemento inapreciable que constituye la tranquila vida del hogar, que ellos disfrutan, exenta de la agitacion febril con que empujan la existencia en las ciudades populosas la natural ambicion, alentada con el ejemplo é irritada acaso con el éxito, no siem-

pre justificado, las constantes luchas políticas de que pocos se eximen, el punzante aguijon del deseo que brota de la emulacion, y acaso, pasiones no siempre elevadas, que en los grandes centros tienen más que en ninguna parte poderosos y seductores incentivos.

Siendo como es conveniente y útil la idea, y levantado el propósito de constituir una *federacion literaria*, y contando las provincias con hombres de no comun valia y con elementos de incontestable fuerza, ¿qué falta para que el proyecto se convierta en realidad lisonjera? Que las provincias lo deseen sinceramente, y su deseo bastará para la coronacion de este fin.

Pero ese deseo se estrelló hasta hoy contra poderosos obstáculos; y si desapareció uno de los mayores desde que las provincias, despertando de un sopor lastimoso en que estaban sumidas, se interesaron en el movimiento intelectual, de que Madrid era en nuestra nacion casi el motor exclusivo, y llevaron á la literatura patria su preciado concurso, no todos han desaparecido igualmente, y son por cierto obstáculos de gran monta los que quedan por allanar.

Vivimos felizmente en una época en que el talento, reconocido como la primera y acaso como la única aristocracia, no tiene necesidad de ajeno apoyo, ni vive como en los pasados siglos á la sombra de los reyes y magnates, sin cuya proteccion no podia hacerse oír ni abrirse paso. Despues del preciso martirologio porque fatalmente pasa todo lo grande y todo lo santo, la inteligencia ha logrado su emancipacion; vive y se desarrolla por su propia virtualidad, y si sube á los alcázares reales y á los palacios de los potentados, es para hacerse admirar y aplaudir unas veces, y para imponer otras sus leyes y ser el impulsor de los poderes, pequeños y de exigua vida cuando la fuerza sola los defiende, y gigantescos y permanentes cuando el saber los acompaña ó los guía.

Hoy los Horacios no necesitan Mecenases: son ellos mismos los que hacen don de su ingenio, obligando sin obligarse, y presentando valiosos títulos á la pública gratitud.

Pero esta misma facilidad con que el talento asciende á ocupar el alto sitio que le está destinado, ¿no constituirá el obstáculo más invencible para que las provincias tengan su literatura peculiar y propia, y para que la *federacion literaria* se realice?

El genio tiende siempre á ocupar las alturas, como los gases tienden á colocarse sobre las capas atmosféricas en que vagan; y las inteligencias que acrisoladas en el palenque de las provincias se reconozcan con fuerza bastante para tomar parte en más empeñadas lides, vendrán siempre á la corte, meta intelectual de la nacion, desde la qual es fácil hacerse oír y propagar los triunfos, y donde los aplausos son más numerosos, más gratos, y acaso de resultados positivos, no despreciables y rara vez despreciados.

En cumplimiento de aquella ley, las provincias irían perdiendo uno á uno sus hombres de valia, como pierde la madre al hijo que, volviendo la espalda al patrio hogar, corre á formar un hogar nuevo y una nueva familia; y aunque siempre quedarían allí, para fructificar más tarde y para determinar el sucesivo movimiento, la semilla por ellos esparcida y el impulso dado, difícilmente llegaría á realizarse el nobilísimo proyecto á que aludimos, si iban negándole voluntariamente su concurso los elementos más principales que á la obra pudieran concurrir. En este caso, el empeño fracasaría, no quedando de él más que un movimiento de accion y de reaccion, de Madrid á las provincias y vice-versa, ó sea el flujo y reflujo de la inteligencia, que constituiría la vitalidad latente de una literatura nacional, á que aquellas concurrirían de un modo poderoso; pero nunca una *literatura provincial* en el sentido recto de la palabra, que es lo que se desea, y lo que nosotros creemos casi irrealizable.

Por eso hemos dicho que el deseo de las provincias es lo único que puede tender á allanar en lo posible aquellos obstáculos: quieran, y mucho habrán adelantado. Que las personas que por su extraordinario mérito están llamadas á ser constantes impulsores de este loable propósito, renuncien á ser adalides de más anchos palenques y desdénen los incentivos de más inmediatas glorias, y alcanzarán, ya que no todo lo que se proponen, al menos todo lo que alcanzarse puede. Pero ¿tendrán todas aquellas la misma heroica abnegacion que la ilustrada directora de la revista CÁDIZ? A riesgo de herir la modestia de tan insigne escritora, dudamos que tenga imitadores.

Comprendemos una *literatura provincial* en aquellas regiones donde se conservan especiales dialectos, que se cultivan y perfeccionan, con una solitud digna del mayor elogio, por literatos insignes; porque allí, la diferencia de lengua da á la literatura un sello peculiar y característico. Pero en las provincias donde oficial y privadamente se habla la misma rica lengua en que escribió Cervantes, donde son una la religion, una la historia, una la tradicion y una, en fin, con raras variantes, la filosofia, juzgamos empresa difícilísima, si no imposible, formar con los mismos elementos y un mismo idioma, literaturas determinadas y distintas. Por esto digimos hace poco que el empeño sincero y decidido de personas competentes alcanzaria respecto del proyecto que nos ocupa *cuan to alcanzarse puede*, juzgando desde luego punto ménos que insuperable las dificultades apuntadas, que no son ciertamente las

únicas que se oponen al éxito de la noble aspiracion de constituir una *literatura provincial*, con carácter determinado y propio.

Ahora bien: si lo que se pretende es facilitar al talento medios de hacer valer sus títulos, sea cualquiera el lugar en que los ostente, y tender á destruir la centralizacion literaria que hasta ahora ha existido, dando acaso lugar á la infundada creencia de que sólo el movimiento literario que de Madrid partiera podria servir de impulsor á la literatura nacional, si esto es lo que se desea y á lo que se aspira, pretension tan racional y legitima no puede ménos de producir eco donde quiera que un mezquino monopolio no impere, y de hallar propicios á cuantos cuentan con elementos para coadyuvar á este fin.

La primera parte de aquel propósito gana terreno y toca al término de su total realizacion. La generacion presente, ávida de las obras de la inteligencia, no pide hoy al talento carta de naturaleza ó vecindad: le admira donde le halla, le apoya donde se manifiesta, y le prodiga sus aplausos del modo más sincero y espontáneo, declarando ciudadano del mundo al que puede ostentar como títulos á este honroso cosmopolitismo, los títulos del genio.

La segunda parte de aquella levantada aspiracion se verá en breve coronada del éxito más satisfactorio, cuando revistas como CÁDIZ impulsen en unas provincias y hagan nacer en otras el amor á las letras; pues nunca son perdidas empresas tan loables.

Por lo demás, no pensamos aventurar mucho asegurando que la prensa de Madrid se prestará gustosa á contribuir á la realizacion del proyecto, cuya bandera enarbola resueltamente la revista CÁDIZ.

Es de esperar que preste su concurso á la útil propagacion de las obras de ingenios de provincias tan poco conocidos como dignos de ser estimados; y creemos sinceramente que los que así obren y coadyuven á la realizacion del pensamiento aludido, alcanzarán como justa recompensa de su obra la gloria que los que triunfan reflejan siempre sobre los que les apadrinan.

ENRIQUE DE SIERRA VALENZUELA.

Madrid: 1877.

SOBRE EL MAR. (1)

Enmudezcan las gargantas
Y pensad en algo serio;
Meditad en el misterio
Que teneis á vuestras plantas.
Ved el argentado charco
Cuyas ondas, al romperlas,
Deshace en redondas perlas
La estrecha quilla del barco.
Ved esa estela que pinta
Sobre el zafiro el topacio,
Y ved en el ancho espacio
Flotando la humosa cinta.
Y reparad á la vez
Cual se desliza la nave,
Por el aire como el ave
Y por el mar como el pez.
Ave que moja sus plumas
Y se mece recostada
Sobre esa gasa rizada
Que bordan blancas espumas.
Pez que deja el nido aprisa
Por ver el Sol que lo esmalta,
Y que de ola en ola salta
Para jugar con la brisa.
Y vá á merced la patrulla,
Con el buque que la oprime,
Del aura que al besar gime,
Y el mar que al lamer arrulla.
Y cruzamos sin temor
Por el océano ronco,
Sobre un ser hecho de un tronco
Con el alma de vapor.
Que por artes bien extrañas
Y sin pensar en el cómo,
Lleva al placer en el lomo
Y la muerte en las entrañas.
Y á las recias pulsaciones
De sus venas aceraadas,
Responden las carcajadas
Que lanzan los corazones.
¿Qué importa que esté la muerte
Allá en el fondo escondida,
Si el placer y si la vida
Hacen burla de la suerte?
¿Qué más dá que esté dispuesta
Á herir con sus artes malas,
Si nos lleva entre sus alas
Á dar con la orilla opuesta?

(1) Esta poesia fué leida por su autor á bordo del vapor *Comillas*, en el tunch que ofreció á nuestra Directora la casa A. López y C.^a el 27 de Setiembre.

(N. de la R.)

(1) Debiendo ser contestado en el CÁDIZ este artículo, para que de él tengan conocimiento nuestros lectores, lo reproducimos de nuestro distinguido colega *La Mañana*, de Madrid.

(N. de la R.)

Ved que serena se lanza
Por su camino segura,
Guiada por la ventura,
Al puerto de la esperanza.
Pactemos aquí la union
Antes de arribar al puerto;
Que si el mar es un desierto,
No es desierto el corazón.
Y será el cristal gigante,
Lienzo donde el hombre labra,
Con la fe de su palabra,
Lazo de amistad constante.
Y en lo más movable y tierno,
En el agua y la mujer,
Vendrá el hombre á establecer
Lo que es más grande y eterno.
Y al mirar la inmensidad,
Recordaremos ufanos,
Que ante ese altar, como hermanos
Nos unió santa amistad.
Y que de una dama en pos
Por ese mar de esmeralda,
Formamos una guirnalda
Con las flores que hizo Dios.
Ella unió con fortaleza
La dulce federacion,
Y esta nave fué el canton
Del genio y de la belleza.
Y en señal de su dominio,
La juventud placentera
Lleva escrito en su bandera
«Cádiz fiel, á Patrocinio.»

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

Bahía de Cádiz: 1877.

POBRE MARÍA!

BALADA.

I.

Pálida niña de negros ojos,
¿Por qué tus lágrimas rodando van?
¿Y esos fugaces matices rojos
Así enardecen tu blanca faz?

No olvidas nunca la dama bella
Que en su carroza te deslumbró;
Tú eres muy linda... más linda que ella...
Cual tú, fué pobre... ¡la envidias hoy!

Ay, dulce niña de negros ojos,
¡Nunca á tu madre vieras morir!
Que no encendieran tales enojos
Con ansia loca tu fantasía;
¡Pobre María!
¡Ruega á tu madre te llame á sí!

II.

Pálida niña de negros ojos,
¿Qué filtro mágico te trasformó?
Ves satisfechos tus mil antojos,
Vives en sueño deslumbrador.

¡Cómo chispean esos brillantes!
¡Qué bien engarzan tu linda faz!
¡Cuál los eclipsan centelleantes
Los ígneos rayos de tu mirar!

Ay, dulce niña de negros ojos,
¡Por qué á tu madre viste morir!
Junto á su lecho puesta de hinojos,
Ya no recuerdas que te decía:
¡Pobre María!
¡Yo no quisiera dejarte aquí!

III.

Pálida niña de negros ojos,
¿Qué hada maléfica tu ser trocó?
¿Por qué esos párpados de llanto rojos,
Tu faz hundida, tu seca tos?

¿Quién es la arpa que te maltrata,
De gesto cínico, de ronca voz?
¿Por qué la huella del mal que mata
Cubre en tu rostro con arrebol?

¿Por qué te dice: «Mueve esos ojos,
Baja á la calle, gánate el pan?»
¡Ay de quien vive de sus sonrojos!
¡Ay, que á tu cuerpo, tan bello un día,
Pobre María,
Ya espera el mármol del hospital!

ALEJANDRO HARMSSEN.

Alicante: 1877.

¡ESPERANZA!

Á LA EMINENTE POETISA SRA. D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

(Contestacion á su soneto.)

«¿Se borra en la memoria el sentimiento,
Con el roce impalpable de la ausencia,
Cual de máquina usada con frecuencia
Las ruedas que desgasta el movimiento?»

(P. de Biedma.)

No dá olvido, señora, no dá olvido
Ese roce impalpable de la ausencia;
No muere lo inmortal y la memoria
Es como el alma, su mansion, eterna.

No dá olvido la voz que no se escucha
Y espacia su pesar, su triste queja;
No dá olvido el acento que se pierde:
¡Es que el alma se inclina ante su pena!

No dá olvido mirar en lontananza
Una ilusion hermosa que se aleja,
No dá olvido... la sigue el pensamiento
Y la distancia sin abismos queda!

No pregunteis ¡por Dios! qué, si marchita
La flor de los recuerdos, queda seca...
¡Hay visiones, ó sueños de unos sueños,
Que entre la sombra sus capullos riegan!

Vos que léjos teneis la noble Madre
Que en luz de amor bañó la vida vuestra,
La Madre que secaba vuestro llanto
Con los corales de su boca tierna;

La Madre que aspiraba con delicia
Vuestra fragancia celestial, la que era
Cual céfiro suave que, benigno,
El calor estival grato refresca;

Y de léjos la amais, por qué señora!
¿Por qué me preguntais si olvido presta
El ambiente falaz de la distancia
Con el roce impalpable de la ausencia?...

Podrá morir un eco que del mundo
Sobre el pecho resbale y que se pierda;
Podrá olvidarse el quejumbroso acento
Que al corazón, desde muy léjos, llega;

Podrá perderse el canto que del bosque
Llegando al alma su tristura alegra...
¡También suelen nublarse los recuerdos
De una infancia feliz y placentera!

Pero amor ó dolor, que nuestra alma
Cual desengaño, ó cual placer encierra,
Con su recuerdo vive en nuestra vida
¿Y no hay olvido que arrancarle pueda?...

Perdonadme, señora: si estas rimas
Tristes y pobres, sin feliz cadencia,
Llaman á vuestro pecho y no las oye,
Llaman al corazón y las desdén...!

¡Ay! pensad que ellas son un fiel tributo
Rendido á una memoria que venera
El alma del cantor, que sólo siente,
Para mejor cantar, no ser poeta.

Y decidle, señora, á vuestro pecho
Que en la memoria el sentimiento queda;
Y que aunque el tiempo calme los dolores,
Aunque disipe abrumadora niebla,

No dá olvido, señora, no dá olvido,
Sinó ¡Esperanza! que la vida alegra;
¡Esperanza! que es síntesis querida
De ese roce impalpable de la ausencia!

JOSÉ MARIANO MILEGO.

Alicante: 1877.

UN BESO EN EL CORAZON.

Nieblas que se deshacen... dulces ecos
Que del silencio brotan...
Luz que esparce á torrentes sus fulgores...
Desconocidas glorias...
Esto, al beber mi espíritu anhelante
El beso que tu boca
Mandó á mi corazón, esto ha sentido,
Despertando entre sombras.

M.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Decoracion primera.

¡Oh, que no hubiera una musa de fuego para remontarse á los más brillantes cielos de la invencion! exclama el vate de Straford en su gran drama de Enrique V, por boca del personaje de la carátula llamado *coro* en las antiguas tragedias. Un reino por escenario, príncipes por actores y monarcas por espectadores de la espléndida decoracion.

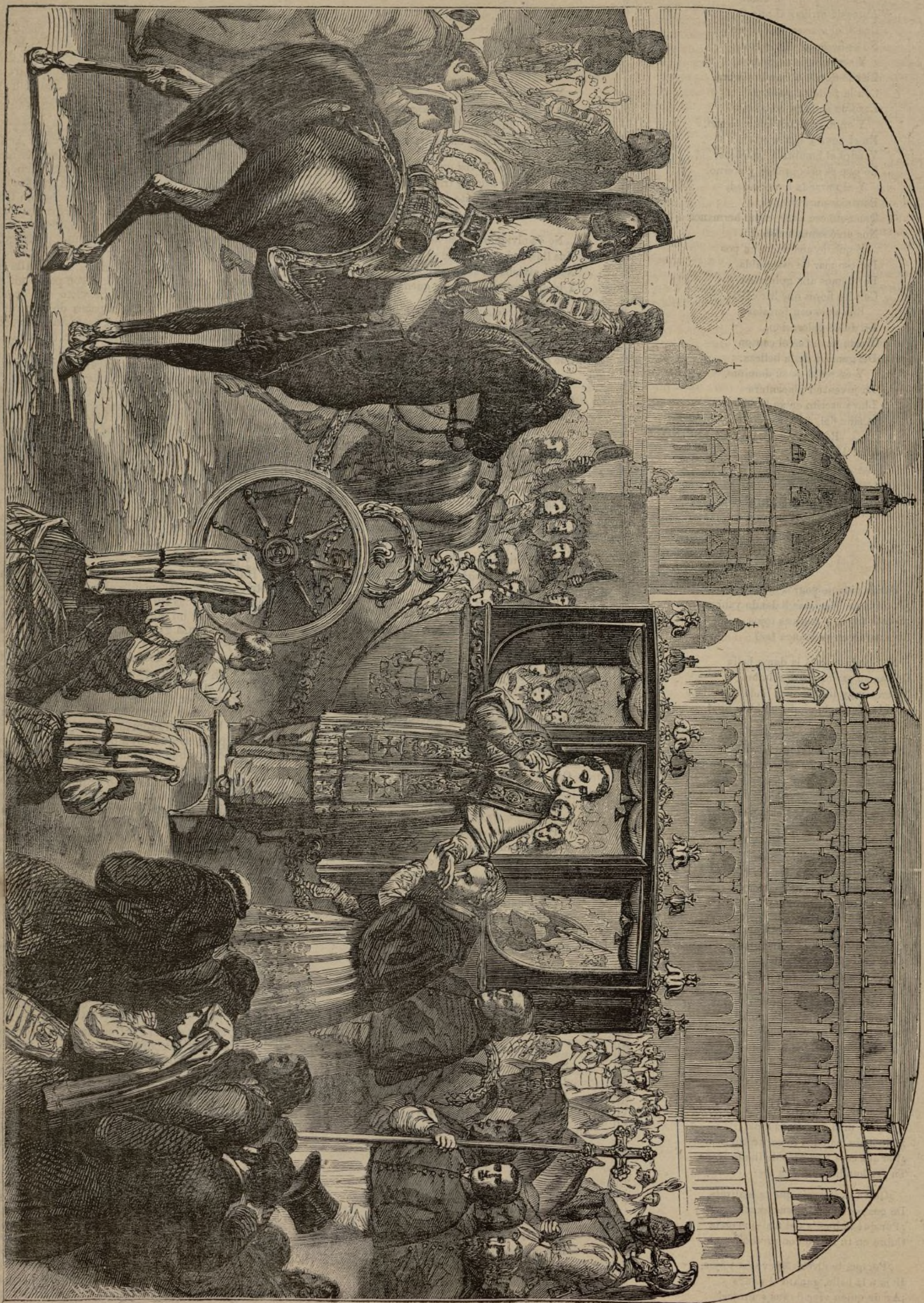
Por esta muestra puede el lector asegurar á pié juntillas que el gran dramaturgo no visitó la Andalucía, que si hubiese visto siquiera parte de las márgenes del olivifero Bétis, y corridose un tanto hácia los ricos jerezanos prados donde muchos creen que fué el paraíso, y de allí por estar un paso, á la famosa Cádiz por la belleza de sus hijas celebrada, que diz que tienen por ojos fraguas y por corazones altos hornos de fundicion, no habria llamado en vano á esa musa de fuego, imposible de hallarse en las frias riberas del turbio Támesis. Podrá no haber musas hechas ascuas allá en el sagrado coro, cuando el bardo de Avon pedía una con tanta necesidad; pero yo si las he visto, que como el Sol quemán á distancia y son capaces de inspirar á cualquier viviente de buen gusto, hasta bajo los ochenta y tres grados en la region polar donde el capitán Nares clavó el pabellon inglés.

Lo de pedir un reino por escenario, príncipes por actores y monarcas por espectadores, fácilmente demostrará cuánto han cambiado los tiempos, y el gran servicio que hoy nos hace el vapor aplicado á la prensa y la locomocion. Dichoso yo que tengo todo cuanto él en vano deseaba. El componia sus dramas para representarse en un escenario de la cabida de un «reñidero de gallos» por cuatro vagabundos y en presencia de una plebe; mientras que, no un reino, sino reinos, son el escenario de esta gran epopeya, toda vez que el CÁDIZ, gracias al genio de su Directora, corre por las capitales del viejo y del nuevo mundo, donde tendrá por lectores, más que príncipes y monarcas, reinas y emperatrices, por la fortuna y la naturaleza, por la herencia y por la hermosura.

Habia pensado, ya que tengo el *coro* á la mano, que éste explicase brevemente el argumento que se ha de desarrollar en las subsiguientes escenas ó decoraciones; pero yo tengo mi nuevo estilo propio, y así como me paso sin la musa griega, teniendo una española, puede irse el personaje de la careta á Smirna ó á Mycenae, ó de donde viniere despachado, que nuestra literatura clásica española me prestará á un Moscon, Clarín, ó Sabañon, si hubiere menester de tal ayuda, que lo dudo, porque buen pico me tengo yo para decir lo que me viniere á cuento sin hablar por cervatana, quiero decir, por boca de dragomanes ó trujamanes.

Y lo primero que voy á declarar para sonrojo y vergüenza de los que se llaman pensadores, filósofos y sabios, y en realidad son unos desalmados egoistas, cuando no han proclamado ya, ó se oponen á la proclamacion de los derechos de la mujer, es la posicion ridicula, insostenible y peligrosa en que ellos mismos se colocan sin saberlo. ¡Tanto ciega el amor propio! Cansados están nuestros ojos y oídos de leer y oír que todo es mudable y cambiante en este mundo. Se podía formar un tomo con las máximas, dichos, apotegmas, fábulas, sentencias y apólogos encaminados á denotar la mudanza de las humanas cosas. Ni en las religiones, que parece debía de ser lo más sagrado y eterno, ha dejado de hincar el diente el tiempo, gran trastejador y trastornador de cuanto atañe á los miseros mortales. No hay para qué citar que vivieron y se extinguieron las creencias religiosas de naciones é imperios, asimismo envueltos en las ruinas del tiempo devorador. El cristianismo puede llamarse una religion *de ayer* y la Inglaterra una nacion *de hoy*. Pues bien, tomad el pulso á las corrientes de las ideas, y sin hipocresía ni timidez pueril, confesad si el cristianismo mueve el corazón ó la moral cristiana dirige la cabeza del pueblo inglés. Excusado es ocultar lo que salta á la vista. La religion en Inglaterra es hoy la de la ciencia y su fé las obras, y su moral la positiva y utilitaria. ¡Cómo! exclamará algun lector. ¿La moral cristiana, la más sublime y pura que se haya conocido en la sucesion de siglos es insuficiente, ó necesita correctivo? La sociedad inglesa y más particularmente la mujer, os contestarán que sí. Pero tiempo vendrá más adelante en que se vea esto patentemente demostrado, y ahora conviene seguir tejiendo el comenzado hilo.

Aunque todo fuese estable y eterno en la sociedad, bastara que cambiase la idea religiosa para que se trastornase el modo de ser de todos los organismos, y por consiguiente las condiciones bajo que giran y se mueven el hombre y la mujer. En el pensamiento más trivial, en el acto más insignificante del ser racional va impreso el sello de su creencia religiosa, cuanto y más en su estado, sus profesiones y condiciones importantes de su existencia. Todo ha cambiado en estos modernos tiempos, menos la condicion de la mujer. Todo se ha movido, transformado y modificado, menos la existencia social y política de la mujer en la teoría confusa y en las cabezas calabazas de la mayoría de



Salida de Pio IX del Vaticano.



Machit y las brujas.

los que se llaman sabios legisladores. Méenos en ellas, sí, porque después de todo, la mujer prácticamente ha modificado su condición; sino que los hombres son tan ciegos que, ó no lo ven, ó no quieren verlo, que es la peor ceguera. Tomemos instituciones, estados, carreras sin elección ni preferencias. Empecemos por la monarquía y los reyes, monteras ó cucuruchos de las sociedades. Antes eran de derecho divino, hoy son de derecho humano. Los reyes eran representantes de Dios, hoy lo son del pueblo. Aun en la leal y monárquica España hace ya tiempo que desapareció la *cuartana de la nobleza*, aquel temor y temblor que ocasionaba en los hidalgos y en los grandes la palabra Rey. El Vicario de Cristo fué negado por varias naciones de Europa, cuyas cabezas se ungieron con el óleo santo, y se llaman Reyes-Papas. Los mismos católicos han despojado del poder temporal al Jefe de la Iglesia. La veneración que en otros tiempos merecían los ministros de la religión concluyó por dar asiento en las casas á los sacerdotes, no en los banquetes de los amos, sino en las mesas de la cocina de los ingleses. Entre los mismos católicos, aún apenas hace un cuarto de siglo, se besaba la mano, descubierta la cabeza, al ministro de la religión que se encontraba en la calle; y hoy, si á mano viene, se le disputa la acera. La milicia en otros tiempos, tan noble y tan honrosa, ha caído en desprecio. Jamás se vé en la calle ni en sociedad á un oficial de ejército, como si el uniforme fuese una deshonra.

El censo que ántes colocaba el voto en corto número de privilegiados, se ha ido rebajando gradualmente, y en Francia y en España se ha ejercido el sufragio universal. El más pobre industrial, que primero fué *cosa* que se vendía con la tierra del señor, y luego *villano* sin derecho alguno, es hoy en derechos igual al más encopetado aristócrata, y puede subir con su industria y moralidad hasta ser *Lord* y sentarse por consiguiente en las ilustres sacas de lana, sillars curules de los patricios de esta nueva Roma en ánimo y riqueza. La profesión del teatro ántes envilecida y vilipendiada y que avergonzaba á *Shakespeare*, es hoy respetada y tenida en consideración. Mas, ¿para qué seguir citando ejemplos? Todo ha cambiado, y ha cambiado, porque mudó la dirección de las ideas religiosas desde hace muchos siglos. La Iglesia de Cristo le causó la herida mortal desde el momento en que se aficionó á las riquezas mundanas y se puso del lado de los opresores contra los oprimidos, ó ya bien porque es ley que todo cambie y que tras los exagerados espiritualismos vengan los materialismos extremados.

El ménos aficionado á filosofar puede ensayarse un tanto al considerar la gran diferencia que en el modo de ser de la sociedad se introduce al decir al hombre: —No esperes en cielo ni temas infierno. Ningun error de aquí abajo tiene su corrección allá arriba. La dicha en esta vida no es crimen que se expia con desdichas en la otra, ni las desgracias se pagan en el otro mundo con venturas. Lo que hay, á la vista está. Procura vivir bien y moralmente por la sencilla razón de que á tí te conviene más que á nadie. Lo que San Francisco de Asís, de Jesús crucificado, dice del bien y del mal la nueva religión y ciencia positivista

Del bien:

Que aunque no hubiera cielo yo te amara.

Del mal:

Que aunque no hubiera infierno te temiera.

Como uno de los espiritualismos exagerados, cayó en desuso el ascetismo. Es cosa de maravillar que á ninguno se le pone hoy en la cabeza el hacer de Simeon Stilita y estarse una temporada de quince años sobre una columna, ni matarse á ayunos, penitencias y cantos como los Gerónimos, Pablos y Egipcíacas. Sin embargo, fí existe y ha existido en el corazón de muchos; pero lo probable es que un Simeon Stilita sería llevado hoy por la autoridad á un manicomio, ó las leyes sanitarias no lo consentirían. Hasta el concepto de la pobreza ha cambiado radicalmente y en vez de estado santificado es un infierno, en vez de virtud es vicio, en vez de bienaventuranza, la malandanza mayor que puede sobrevenir á un ciudadano. El repartir los bienes entre los pobres, tomar la cruz y seguir á Cristo lo consideraría la sociedad, ya como una extravagancia, ya como promoción de la ociosidad y premio de la pereza; y en cuanto á tomar la cruz, quitado el objeto que es ganar la gloria en la otra vida, es quitar el gran estímulo que incitaba ántes al desprecio de las grandezas y bienes mundanos.

El poner la mejilla izquierda para recibir otra bofetada, después de haber llevado una en la derecha, es un acto de humildad, que no podrá decirse ha caído en desuso en estos tiempos de escepticismo religioso. Muy al contrario, más bien en esta época en que la idea ó el principio del honor voló vestida de capa y espada á otros planetas, es posible que un inglés ponga la otra mejilla para hacer pagar dos multas de cinco duros al agresor. En los tiempos de mayor fanatismo religioso fué donde dominó el arrogante y soberbio principio contrario, que á una bofetada en el rostro respondía con una estocada en el corazón, y esto nos trae como por la mano á uno de los puntos de vista más importantes, desde el cual hay que considerar y con su luz fallar «la gran causa del bello sexo», y que será el asunto de la decoración segunda. Baste por ahora resumir diciendo, que no hay nada grande ni pequeño, trivial ni

importante que no haya cambiado y mudado en la sociedad moderna, y cuando todo se transforma, y cuando el hombre se amolda y goza del provecho y beneficio de ese progreso, es tan ingrato y tan egoísta, que deja á la mujer en el mismo ser y estado que ántes, sin pasarle por la imaginación siquiera de que es absurdo cambiar, mover y transformar todas las ruedas de una máquina y dejar inmóvil una de las principales. El hombre en la sociedad ha hecho lo que el genio de Marte en la guerra. Al usarse la espada, hubo que usar del casco y de la cota; pero sería inútil que cuando se construyen cañones como los de *Fraser*, de cien toneladas, hubiese un almirantazgo que mandase á la misma refriega y naval batalla la mitad de los buques forrados de corazas de veinte pulgadas de espesor y la otra mitad con las amuras de madera y completamente indefensos contra los nuevos ingenios ofensivos. Tal ha hecho el hombre con su eterna víctima la mujer. El se ha armado de privilegios, se ha *blindado* de derechos para la batalla de la vida y ha dejado expuestos los flancos del sexo á quien llama, con sarcasmo, *débil*. Es lo mismo que si en un naufragio se arrojaran balsas, cinturas flotantes y salva-vidas, para los resistentes y hábiles nadadores *quia fortes*, y se ataran los brazos de los inválidos y delicados, *quia debiles*. ¡Ignominia! ¡Crueldad! ¿Y qué otra cosa se hace con la mujer en el proceloso y temido mar de la vida en la sociedad moderna, cuyo vértigo es la competencia, cuya fé los bienes temporales y cuyo hélice ó propulsor es el hambre, que no distingue de sexos, como no distinguen tampoco la desgracia y el desamparo, las enfermedades ni los golpes de fortuna?

Pero aún estamos en la primera hoja del gran libro de las injusticias sufridas por esa divina y noble mitad de la especie humana. Cuando lleguemos al fin, no podrá recordarse su prolongado martirio y su injusta servidumbre, sin que conmueva el pecho más diamantino la resignación con que los ha sufrido y el valor con que al fin se ha rebelado.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Londres: 1877.

LA CRUZ DEL BARRIO DE SAN AGUSTIN DE CÁDIZ.

1775.

AUN no hace mucho tiempo que podía verse en el centro del barrio de San Agustín de Cádiz, una pequeña Cruz de bronce, dorada, pero enmohecida por el hálito de ese terrible destructor que se llama el tiempo. Sobre el pedestal de aquella Cruz de una sencillez enteramente cristiana, se leían estas palabras grabadas:

Hasta aquí, Madre Santa.

Hoy con esa fiebre de demolición que se ha apoderado del siglo, han desaparecido la Cruz y el pedestal. ¿A esto se llama progreso!

Triste cosa es un progreso que arrebatara así los antiguos monumentos de la fé de nuestros padres, para obtener la alineación de una casa. Con este progreso se van las antiguas leyendas, las historias que los abuelos se complacían en contar durante las noches de invierno. No se puede ya elevar nuestro pensamiento á lo pasado, ni comenzar una de esas relaciones fantásticas en que la fe sencilla se mezclaba al lujo de las imaginaciones y á las tradiciones populares, por esas palatras que cautivan inmediatamente un auditorio infantil y ansioso de cosas maravillosas: «Hijos míos, había en otro tiempo...» O bien: «Pues, señor, hace mucho tiempo, mucho...»

Y sin embargo, cuántas instructivas y morales enseñanzas se encerraban en esos viejos paredones, que parecían desafiar los años; en esas modestas Cruces que alfombraba el musgo y adornaba la hiedra, como para protegerlas de los insultos de los iconoclastas!

En mi juventud había pasado delante de la Cruz del barrio de San Agustín, buscando en mi cabeza cual podría ser el pensamiento ó la alusión encerrada en los caracteres grabados sobre el pedestal. El *hasta aquí* me había chocado desde luego. Había evidentemente en aquellas palabras un hecho memorable, tal vez un milagro.

Resolví aclarar mis dudas.

Me dirigí á un eclesiástico que por allí pasaba.

Felizmente se hallaba al corriente de lo que le pregunté.

—Caballero, me dijo: hace años, muchos años, en fin, no se sabe á punto fijo la época, porque mi madre lo había oído á su abuela, que lo había oído á su vez...

—A la *suya*, le dije sonriéndome, pero impacientado con sus rodeos. Muy bien: vamos al caso.

—Pues, señor, replicó el buen eclesiástico; volviendo al caso... hace muchos años de esto. Una tarde la mar estaba agitada, tan agitada cual jamás se ha visto, caballero. Dicen que las olas se levantaban altas como montañas, y brillaban como una luz fosfórica, formando montes de espuma. Hubiera podido creerse oír como un redoble funeral de tambores; y aquel ruido crecía, se aumentaba y degeneraba en verdadero trueno.

A veces se hubiera dicho que millares de campanas chocaban entre sí.

Todo el mundo se hallaba aterrado. Jamás se había presentado un fenómeno más grande ni semejante.

Debajo de las casas, en el seno de la tierra, se oía un ruido sordo, cual si el mar minase el pueblo. De hora en hora las olas, que se precipitaban las unas sobre las otras, preñadas de furor, contra la fortificación de la ciudad, subían, subían, subían siempre, y amenazaban tragarse á Cádiz. Apremiábanse las gentes unas á otras con esta pregunta, que pintaba la ansiedad de los habitantes:

—¿Qué hay?

Y el que venía de los baluartes respondía con una tristeza desesperadora:

—¡La mar sube siempre!

Como Vd. debe comprender, caballero, nadie dormía en Cádiz. Los hombres velaban, las mujeres y los niños lloraban y rezaban.

Algunos, más prudentes ó más temerosos, habían abandonado la ciudad. Cuantos huyeron á la Isla perecieron, pues los dos brazos de mar que separa el arrecife, lo cubrieron enteramente.

Los que se habían quedado, se hallaban agitados de diversos pensamientos. Aguardaban los unos el fin del mundo, y de un nuevo diluvio, pretendían los otros que hacía las cinco de la mañana el mar volvería á su lecho, porque entonces la luna podría ejercer su influjo.

Empero los unos y los otros divagaban; porque seguramente aquella tarde había una revolución en los elementos. No era una tempestad, señor, era una cosa inaudita, extraña, particular, milagrosa. El Cielo, según contaba la abuela de mi abuela, jamás había estado más puro ni tan estrellado, y en los aires no se sentía ni un soplo, ni una ráfaga de viento.

—Pero, dije interrumpiendo á mi complaciente *cicerone*, todo eso que Vd. me dice tiene el aire de una balada ó un cuento; y ¿qué relación hay entre eso y la Cruz del barrio de San Agustín?

—Tan no es cuento, me respondió, todo lo que le digo á Vd., que es precisamente lo que constituye la historia de la Cruz, como Vd. podrá convencerse, si tiene la bondad de escucharme algunos instantes.

—Hable Vd.

—Mi cronista continuó:

—No había un pelo de viento, y sin embargo las olas se chocaban furiosas como en los más fuertes huracanes.

Hacia las cuatro de la mañana, al alba, pareció apaciguarse el mar, al ménos dejó de subir.

Corrió esta feliz noticia por la ciudad con la rapidez del rayo, y vino hacer renacer un poco la tranquilidad. Entregáronse al descanso, en la confianza cada cual de que el peligro había pasado.

Pero á las cinco el mar había saltado la muralla con tal fuerza y rapidez, que parecía que ántes que despertasen iba á destruirlos.

Dicen que el fuego es terrible; pero el agua lo es más todavía. En un abrir y cerrar de ojos, las murallas que sirven de dique contra las inundaciones del mar, habían sido arrebatadas, dispersadas, fundidas, tragadas.

El agua subía siempre. Inundaba las calles, precipitándose y dando saltos. En cada esquina había un remolino.

Desolados, llenos de angustia los habitantes, á aquel desacostumbrado ruido, quisieron salir, empero, quedaron helados de estupor al encontrar el mar en sus casas.

Entonces no hubo más que un gran grito de terror y desesperación en toda la ciudad. Pero este grito se perdió en el ruido imponente, terrible, formidable del mar.

¡El agua subía siempre!

Pronto se vieron nadar los muebles. Los mismos animales, los perros ahullaban como á la aproximación de la muerte. Tan horrible se presentaba aquella inundación.

Seguramente era un azote de Dios enviado en castigo de la maldad de los hombres.

Los habitantes habían subido todos á los terrados medio desnudos, levantando sus manos al Cielo llenos de angustia y de arrepentimiento.

¡Pero el mar subía siempre!

Húndanse las casas y en las ruinas que sobre nadaban los desgraciados, que todavía quedaban en los terrados, podían ver flotar, ó el cadáver de un amigo ó el cuerpo de un niño envuelto en sus mantillas. Y todo esto pasaba y repasaba según el capricho de las olas, que parecían divertirse con ellos como con un juguete.

Predecíase mentalmente cada uno un fin semejante, porque el mar subía, subía, subía siempre.

En aquel momento, del cuartel más alto de la ciudad que las olas habían respetado, del convento de los frailes carmelitas Descalzos salió una larga procesión.

Los carmelitas iban con los pies descalzos y el sili-cio, cantaban la letanía de la Virgen.

Iba á la cabeza el Prior, venerable anciano, que después ha muerto en olor de santidad.

Llevaba el Prior en la mano el estandarte de la Virgen.

A aquella vista todo el mundo en los terrados se puso de rodillas, y á cada una de las divinas perfecciones de la Madre de Dios, entonadas por la procesión, res-

pondian los habitantes con un fervor tanto más sincero, cuanto que era inminente el peligro.

Aquella voz que reasumía millares de votos, era una verdadera lamentación.

Jamás *Ruega por nosotros* á la consoladora de los afligidos, al refugio de los pecadores, había sido pronunciado con tantas lágrimas, con tanta angustia, con tanta desesperación.

La procesion se adelantó.

Pero el agua más furibunda, vino á su encuentro: pronto llegó á las rodillas de los sacerdotes que caminaban con heroísmo sobrehumano delante del devastador elemento.

La mar subía, subía y subía siempre!!..

Entonces el Prior lleno de una divina inspiración, mirando al Cielo, pronunció con una voz llena de majestad religiosa esas palabras que ha leído Vd. sobre el pedestal de la Cruz: *hasta aquí, Madre Santa!*

Y al decir aquellas palabras levantó sobre el suelo el estandarte de la Virgen.

Toda la procesion se había arrodillado en el agua y oraba. Sólo el Prior con aquella convicción inmensa, con aquella seguridad que da una fe pura, permaneció en pie aguardando la intercesión de la Divinidad.

Por un momento el mar paró en su invasión.

Después, con un murmullo horrible, aterrador, el mar se alzó bramando delante del estandarte y se echó atrás comprimiendo su cólera.

Una fuerza invisible le rechazaba: las olas nuevas que venían retrocedían con un movimiento respetuoso.

El Prior dió un paso con la mano extendida sobre las olas, llevando el estandarte con la mano izquierda.

Retrocedió el elemento.

A cada paso que daba el santo hombre, el agua se levantaba y dejaba un vacío.

El Prior llegó así hasta el sitio donde se hallaban ántes las fortificaciones, precedido siempre del mar que iba retrocediendo ante la imagen de la Virgen del Carmen.

Allí el mar se amontonó como una montaña gigantesca, formó torbellinos en los aires, á manera de manga, y después se hundió repentinamente con un redoble y un estrépito formidable en el centro de su cauce, que dejó marcados con largas tiras de blanca espuma.

Había pasado el peligro. La Virgen acababa de obrar un milagro.

En memoria de este hecho, caballero, prosiguió el eclesiástico, se había levantado en el barrio de San Agustín, y en el sitio mismo donde el Prior había dado el primer paso, invocando á la Divina Madre, esa Cruz en que Vd. ha reparado.

Al volver á Cádiz, en 1868, fui á ver al eclesiástico, de quien me había hecho amigo: hablamos de la Cruz, que eché de menos, y le dije: ¿por qué la han quitado? Me parece que semejante monumento debía transmitirse de edad en edad cual una preciosa reliquia.

—Tiene Vd. razón, caballero, pero ¿qué quiere Vd?..

La revolucion no respeta nada: ataca á los hombres como á los monumentos. Verdad es que más tarde reemplazaron á la Cruz con una Virgen, que se colocó en un nicho hecho en una casa del barrio de San Agustín; pero hace algunos años que la estatua conmemorativa ha desaparecido también.

—¿A consecuencia de alguna revolucion?

—No señor, respondió el sacerdote; esta vez ha sido á consecuencia de los planos propuestos por los ingenieros y los arquitectos de la ciudad. Había que rectificar la alineación del barrio de San Agustín y la casa de la estatua incomodaba, y han quitado una y otra. Hoy, añadió sentenciosamente mi amigo, los arquitectos son como las revoluciones, destruyen.

Muchos de nuestros lectores habrán conocido que el día que se verificó en Cádiz aquel terrible fenómeno, en que estubo á punto de ser sumergida en el mar esa preciosa ciudad que forma el orgullo de nuestra España, y que es la joya de Andalucía, fué en 1775, en que tuvo lugar el terrible terremoto que tantos daños causó en varios puntos de Europa, y que destruyó la mitad de la ciudad de Lisboa, haciendo que los montes que la rodean cayesen sobre sus edificios; terremoto, cuya memoria se conserva aún dolorosamente en aquella capital, y que á pesar del trascurso de tantos años deja ver las ruinas que hay amontonadas, no habiendo sido bastante el espacio de un siglo para dejar limpio aquel terreno. La ciudad de Cádiz estubo á punto de ser tragada por el mar, como lo han sido tantas otras en la antigüedad por la violencia de los terremotos. Las olas del mar se levantaron en aquel día á sesenta y dos pies sobre su nivel ordinario. Sólo un milagro patente de la Madre de Dios salvó aquel día aquella preciosa ciudad! Ha desaparecido el sencillo monumento; pero de padres á hijos la tradicion trasmite aquel lamentable suceso!!..

EL CONDE DE FABRAQUER.

Madrid: 1877.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

SALIDA DE S. S. PIO IX DEL VATICANO.

Nuestro grabado no reproduce al noble y venerable anciano cuya santa vida prolonga Dios para altos fi-

nes, incomprensibles hoy á nuestra razón, sino al Pontífice que lleno de vida y alentado por inspiración divina, proclamó la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

El día 8 de Setiembre de 1854, á las nueve de la mañana, S. S. salía del Vaticano acompañado de los Cardenales y de su guardia noble, para ir á la embajada de Roma, preparada al efecto y celebrar allí la bendición é inauguración de la estatua de la Purísima Concepción que había de colocarse en la plaza de España.

Este día, memorable para el orbe Cristiano, es el que recuerda nuestro grabado.

MACBET Y LAS BRUJAS.

Shakspeare es una de las imaginaciones más poderosas de los tiempos modernos.

Sus obras, admiradas como un prodigio de fantasía, han inspirado bellísimas obras de arte en todos los géneros, pues la chispa vivificadora del genio que en ellas se encierra, se trasmite á cuantos las admiran.

El cuadro que copia nuestro grabado, reproduce la grandiosa escena en que las Brujas anuncian á Macbet su próxima grandeza y á Banquo su próximo fin.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

Tratado de la impotencia y de la esterilidad en el hombre y la mujer, que comprende la exposicion de los medios recomendados para remediarlas. Escrito por el Dr. Roubaud, y traducido por el Dr. Santana y Villanueva.

Se han publicado los cuadernos 3.º y 4.º, últimos de la obra. Librería de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10: 2 pesetas el cuaderno.

Diccionario doméstico, cuaderno 5.º, redactado por D. Balbino Cortés y Morales: 3 pesetas el cuaderno, en la misma casa editorial que el anterior.

Almanaque de la risa, para 1878, por varios distinguidos escritores. Se vende en Madrid á 4 rs. en las principales librerías.

Costumbres populares de la Sierra de Albarracín, cuentos originales de D. Manuel Polo y Peyrolon: se vende á 8 rs. en Madrid, Sra. Viuda de Aguado, Pontejos 8.

Cuentos gaditanos, por D. Pedro Ibañez Pacheco, con un prólogo de D. Nicolás Díaz de Benjumea: se vende á 10 rs. en casa de su editor Sr. Gautier.

La cárcel de Barcelona y los sistemas penitenciarios. No anuncia que se venda en los ejemplares que hemos recibido, como no sabemos si es el autor la distinguida persona que nos los envía.

Yantares y conductos de los Reyes de España, por el doctor Th. No se vende.

A. S. M. el Rey D. Alfonso XII, con motivo de su venida á Cádiz, por D. Edmundo Mac-Costelo. No se vende.

Cabotes y calaveres. Melonar de Valencia, por Constantino Llombart y Chusep F. Sanmartín y Aguirre: Librería de P. Aguilar, Caballeros, 1.º, Valencia.

Pandemonium, por Jacinto Labaila y José F. Sanmartín y Aguirre. Centro de suscripciones de José Manero, Adresadores, 28, Valencia.

Biblioteca universal. Soulié, *Las cuatro épocas*, tomo 2.º, traducción de D. Guillermo Autran: 2 rs. el tomo en toda España.

La muerte de Neron, traducción del cuadro trágico de D. Víctor Balaguer, por Constantino Llombart. Valencia.

El solteron, ó un gran problema social, por D. Nicolás Díaz de Benjumea, Londres.

Boletín de la sociedad protectora de los animales y las plantas. Cádiz.

Memoria del Instituto provincial de segunda enseñanza. Cádiz.

Memoria leída en el solemne acto de la inauguración de los trabajos de la Real Academia gaditana de ciencias y letras, el día 26 de Noviembre de 1876, por el Doctor D. Cayetano del Toro y Quatiliers. Cádiz.

Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol, por M. Ossorio y Bernard: dirigiéndose al autor, Lavapies 13: 6 rs. un tomo.

La cuestión de aguas de Cádiz, por D. Eduardo Pelayo, Revista Médica, Ceballos 1.

Sensitiva, por D. U. Romero Quiñones: 4 rs. 1 tomo. Librería de Murillo, Alcalá 18, Madrid.

Elogio fúnebre, pronunciado en la Academia Cervántica española por su Director Fermín Herrán.

Bocetos y borriones políticos y literarios, por M. Ossorio y Bernard. Una peseta, en Madrid en las principales librerías.

El análisis, poema en dos cantos. No se vende.

Los mártires del amor, novela original de Teodoro Guerrero (segunda edición); 4 rs. en Madrid, 5 en provincias. En Cádiz librería de Morillas.

Album literario, composiciones poéticas premiadas en el certamen de la ciudad de Alcoy.

Almanaque telegráfico, por D. B. Pérez Rioja. Véndese en Madrid, librería de D. C. Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10.

La religion de la ciencia (filosofía racional), por

Ubaldo R. Quiñones; en Madrid en las principales librerías.

Reglamento de la Liga de contribuyentes de Cádiz. Memoria leída por el presidente de la Liga de contribuyentes de Cádiz.

Poesías, de Saturnino Martínez. Habana.

BRUNETTO.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

Su despedida!... murmuró con extrañeza, su despedida!... Por qué?..

Cómo decirle por qué?.. Imposible!.. Jamás me hubiera atrevido! Te confieso que su aspecto de reina me impone á mi pesar.

Balbuocé como pude algunas frases: la dije que tú, desde el momento en que comprendías que ella necesitaba para algo su libertad de acción, no podías dignamente retener un derecho de que su actitud protestaba... No sé lo que le dije, pero Eugenia inclinó la cabeza sobre el pecho: vi caer sobre sus manos cruzadas dos lágrimas, y respeté su dolor.

Un momento después levantó la cabeza: estaba serena: sus ojos brillaban humedecidos por el llanto, y sus labios temblaban levemente.

—Como quiera, dijo con acento digno y triste, era para mí un hermano, pero... que se cumpla la voluntad de Dios!..

Después me habló de Luisa con desgarradora expresión de pena:

—Era todo lo que tenía en mundo!.. exclamó.

Comprendí que no debía detenerme allí más tiempo, y sin embargo, no acertaba á irme.

Una atracción poderosa me detenía.

—Que lástima! pensaba yo, que no tenga á su lado un hombre que la defiendan!..

La pregunté si pintaba.

—Sí, me dijo, es preciso!..

Era tan triste su acento al decir esto que yo me estremecí: pensé en que la pobre Eugenia habría tenido que trabajar, con el alma anegada en llanto, para poder pagar los funerales de su hermana.

¡Oh! el destino es cruel con algunas criaturas!.. Nada les perdona, nada...

Disponíame á marcharme, bien convencido de que Eugenia era víctima inocente de la malevolencia social, cuando la campanilla vibró y entró Lutgardo.

Exponiéndome á pasar por inoportuno, decidí quedarme algunos momentos más.

Ya te he dicho que tu rival es hermoso y necio, y bastaría si no te lo hubiera dicho para que lo comprendieras, que te dijese cómo entró.

Perfumado, brillante, como para una fiesta, vestido de negro, con tal aire de triunfo y de contento que parecía una ofensa al duelo de la casa en que entraba.

—Vd. por aquí?.. Me dijo tendiendo á Eugenia su mano.

—Ya lo vé, le contesté con frialdad.

La mirada de Eugenia se había iluminado, su palidez se animó como si hubiesen extendido sobre su rostro un suave resplandor de color de rosa, lo que la embelleció infinito.

—Ya está la casa buscada, tomada y arreglada, dijo Lutgardo, estirándose, primero los puños y después la corbata.

—Gracias, murmuró Eugenia con ardorosa gratitud, aquí me ahogo.

—Pues, cuando Vd. quiera puede trasladarse á ella.

—Será preciso llevar estos muebles....

—Para qué?.. Son recuerdos tristes... allí hay de todo!..

—No, yo no quiero separarme de estos recuerdos.

—Buena tontería está!.. dijo Lutgardo.... De todas las inutilidades que tenemos en el mundo hay dos con las que no transijo, y que parece imposible sean obra de un Dios: las chinches y los recuerdos.

Las primeras nos mortifican el cuerpo, y los segundos el alma, sin que acabe de comprender lo que ambas cosas puedan encerrar de utilidad para nada.

Eugenia guardó silencio.

Yo no quise oír más y me levanté indignado.

Saludé friamente y salí convencido de que tenían razón los que acusaban á Eugenia.

Cómo!.. Una mujer de su talento, de su ascendiente, de sus maravillosas facultades, prestaba atención siquiera á un necio semejante!..

Y de tal modo se confiaba á él que le daba derecho á mezclarse en cuanto le concernía?..

En fin, una gota de agua que cae en el mar!.. No sé por qué este desengaño ha revuelto algo amargo en el fondo de mi alma!..

Ah!.. Dumas tenía razón!.. Hay que juzgar á la mujer como al niño, ó como al hombre hébrico, con indulgencia,

porque ella tiene siempre la perpetua infamia del juicio, y la eterna embriaguez del corazón. Se ha embriagado, no sé en qué sentimiento, y está perdida, perdida sin remedio.

Qué lástima!

Y cuán feliz sería amada y comprendida por ti que harías de ella, no un trofeo de tu vanidad, sino un culto, una adoración sagrada!

Perdóname, si plagio en esta carta á Jeremías con interminables lamentaciones.

Esa mujer me ha impresionado de una manera cruel.

Creo que la odio.

Y ese necio...

Ah! bien castigada está de su falta, si hay falta, porque la mayor calamidad de la vida es sufrir á un tonto, que no se lo cree.

Adios, Ricardo, es una verdadera crueldad enviarte esta carta, pero los males grandes hay que curarlos con grandes remedios.

Olvidala, y recuerda la sabiduría del sistema homeopático en esta ocasión...

La mujer te hizo daño, cúrate con la mujer. Es decir, ama á otra... pronto, pronto... aprovecha el calor que aún queda en tu alma, como se aprovecha la llama del fósforo que se extingue, para encender una vela.

Tu amigo adicto,

Enrique.

RICARDO Á ENRIQUE.

¿Mienten cuantos lo digan, y se engañan cuantos lo crean!.. No, no, y mil veces nó!.. Eugenia no puede ser miserable ni infame, por la sencilla razón de que lo imposible no es!.. Si yo para vengarme de no ser amado por ella, diese crédito á tales calumnias, sería más vil que los calumniadores, por que yo la conozco bien, y no tengo el derecho de dudar!..

Ella gozándose en ver morir á su hermana, ella, por egoísmo, por cálculo, matándola lentamente, ella admitiendo del hombre á quien ame otra cosa que amor!..

Mentira, oh! mentira!.. Los que tal dicen no la conocen. Tiemblo de indignación al pensar que no puedo arrancar esas lenguas que se ceban en ella, como hambrientas víboras que la manchan á su contacto.

¡Miserables!..

El más noble de todos podría recibir lecciones de nobleza de esa pobre mujer á quien cobardemente infaman!..

Te engañabas al pensar que esas miserias habían de alejarme de ella!..

Eugenia feliz, brillante, amada y atendida no me hubiera hallado jamás ante su paso; Eugenia abandonada, calumniada, ofendida, cuenta conmigo en todo y para todo.

Dices que al nombrarme tú sus ojos se llenaron de lágrimas, que me recordó como un hermano: esto es un rayo de luz. Yo comprendo ahora que su amor ha sido ese dulce y santo amor fraternal, que nada tiene que ver con nuestras pasiones, y que no pasa como ellas.

De tener yo el poder de Dios cambiaría ese afecto puro por el desesperado amor que yo siento hacia ella; pero como no le tengo, voy á ensayar el poder mío para cambiar mi amor por el afecto suyo.

¡Ah! mi pobre Eugenia!.. Qué prueba tan cruel para su alma purísima, para su corazón todo ternura y todo bondad!

Y tú la culpas también!.. Y tú no tienes ni un movimiento generoso en tu ser para defender á una mujer delicada, digna, que tiene que mojar sus pinceles en lágrimas para ganar lo que necesita!..

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ.

D. M. Ghirlanda.—Santa Cruz de Tenerife.

Recibí con mucho gusto la visita que el Sr. Estarrión tuvo la bondad de hacerme en su nombre. Agradezco muy de veras su recuerdo, que me prueba su amistad.

D. A. M. Lopez Ramajo.—Madrid.

Doy orden de que se le remitan los tres números correspondientes á Setiembre: no me explico su falta, pues yo avisé la suscripción de Vd. Miles de gracias por su carta, de la cual publico algunos párrafos que dan interesantes noticias literarias.

D. R. Sanchez.—Alicante.

Con muchísimo gusto he recibido su carta y su bella poesía, así como la visita que en nombre de Vd. y de todos los amigos de esa, me ha hecho el Sr. Segura y su simpática esposa. Miles de gracias á todos, no les olvido, y es posible que les vea pronto.

D. M. de Torre Pando.—Madrid.

Yo no puedo olvidarte nunca, aunque me rodeasen, como tan bondadosamente supones, los halagos de la gloria. No se olvida á quien vale tanto como tú.

D. B. Poyatos.—Rus.—Jaen.

—En efecto, mi querido tío, su amigo D. J. Cabrera, á quien recuerdo me presentó un día que visité ese pueblecito, ha acertado la solución del calendario musical. No la publiqué porque llegó tarde, pero era exacta. Mil recuerdos míos á tía Isabelita, que agradezco infinito sus deseos por mi felicidad y su cariño, así como el de usted.

Sr. D. L. Maestre, Coronel Comandante militar del departamento de Ponco.—Puerto-Rico.

—Mil gracias por las amables frases que me dirige al ocuparse de mi revista, que más que mérito propio debo tener para Vd. el de llevar el nombre de su ciudad natal. Creo que se ha girado ya; de no ser así, se girará al nombre que indica, anotando con mucho gusto la suscripción suya.

Mr. F. F. Steenackers.—Lisboa.

—Siento infinito su enfermedad, y deseo con todo mi corazón saber que está mejor.

Cuán bueno es para mí ocupándose del CÁDIZ á pesar de su molestia! Ya sabe con cuánto gusto publico sus bellísimos trabajos.

D. S. Martinez.—Habana.

—Mil gracias por su lindo tomo de poesías, y por la dedicación con que me honra: lo he leído con placer, así como el periódico, y todo lo que proviene de esa hermosa tierra.

D. R. Ortiz y Beneyto.—Madrid.

—Muchas gracias por las poesías, y por sus demostraciones de entusiasmo, que en realidad no merezco.

D. P. Perez Rioja.—Soria.

—Acepto con el mayor gusto su proposición de ser corresponsal en ese punto de mi revista, y puede desde luego anunciarlo así. Agradezco infinito el juicio que le merezco, y sus bellas poesías.

Xooo

—Imposible complacerle.

D. A. Romero Ortiz.—Puerto de Sta. María.

—Espero que estando tan cerca me dará el placer de venir á verme, ya que es tan amable que me ofrece aprovechar el tiempo ocupándose en escribir lo que deseo.

Sr. M. del Castillo de S. Vicente.—Cádiz.

—Sentí no verle el Mártes: cuando guste puede venir á honrar esta su casa.

D. N. Diaz de Benjumea.—Londres.

—Cuándo acaba ese viaje?..

D. M. Batanero.—Motril.

—Es Vd. muy bueno en ocuparse como lo hace del CÁDIZ y de mí. Sus proyectos son muy dignos de estudio, y los aprecio cual merecen. Publicaré la poesía, aunque ese dialecto es desconocido en general.

Yo espero á los andaluces que quieran honrarme, pero me es imposible buscarlos, como Vd. me propone, por las listas electorales, porque necesitaria tiempo y paciencia, y ambas cosas me faltan, por desgracia.

No renuncie al trabajo que me indica porque tenga el CÁDIZ mucho original: hay espacio para todo. El almanaque será otro año.

Mme. Marie Hild de Casañas.—Barcelona.

—Se le ha remitido el núm. 11, no se moleste en devolver el 8, que por equivocación fué duplicado. Mucho me halaga el saber que está tan contenta de mi revista, y que ella os proporcione *très fois par mois un moment de lecture agréable*; teniendo *mon journal á la merite que beaucoup d'outre n'ant pas, il instruit, mais ne fatigue pas*. Yo os escribiré con gran placer mío, siempre que esto os sea grato.

D. J. Sevillano de Toral.—Jaen.

—Gracias por tu cariñosa carta y tu poesía. Te envío el retrato que desearas.

D. E. de Sierra y Valenzuela.—Madrid.

—Se duplica el número del 20 de Setiembre. Gracias por su amabilidad.

Sr. Director de la Biblioteca de Instrucción y recreo.—Bilbao.

Agradezco infinito á Vd. y á los Sres. que forman la comisión, su acuerdo de adquirir todas mis obras para su ilustrada biblioteca: sólo tengo las siguientes: *El Héroe de Santa Engracia*, *Recuerdos de un ángel*, *El odio de una mujer*, *Guirnalda de pensamientos* y *El secreto de un crimen*. Quedan de estas muy pocos ejemplares; de las demás se ha agotado la edición.

D. R. Jimenez Duarte.—Jerez.

—Mil gracias por su carta que he leído con mucho gusto; se servirán las dos suscripciones que avisa. Es Vd. muy bueno para mí, y se lo agradezco siempre.

P. DE B.

NOTICIAS.

Nuestro distinguido colaborador D. Antonio M. Lopez Ramajo, de Madrid, nos escribe una interesante carta, dándonos noticia de una obra religiosa que con el título *Flores de Mayo ó Mes de María*, ha publicado el P. José Antonio

García de la Iglesia, sacerdote escolapio en el colegio de San Fernando de Madrid.

«Se admira en esta obra, nos dice, un gran fondo de erudición religiosa y moral, que brota majestuosamente de aquella mente privilegiada, nutrida de fuerzas de una ley superior, contra la cual no es fácil oponer resistencia formal.»

Y más adelante dice:

«Considero esa obra como un hermoso campo sembrado de lindas y aromáticas flores que halagan á la vez la vista y el olfato: ¡ojalá se aproveche de ellas el pueblo español, siempre amante de las glorias de María Inmaculada! La Divina Providencia ha dotado á su autor del talento, que según San Agustín es un don del Cielo, y él paga hoy su dádiva con su excelente obra, que recuerda á los Ildefonsos, Bernardos y Buenaventuras, ensalzando como aquellos la grandeza de la Santísima Virgen María.»

Agradecemos al Sr. Lopez Ramajo la erudita noticia que nos dá de tan bella obra, y la recomendamos á nuestros lectores.

Los cuartetos en *re menor* de Mozart y en *mi bemol* de Bethoven, y el gran Septimino arreglado en quinteto del mismo célebre maestro, fueron las piezas ejecutadas en la noche del Miércoles por la Sociedad de cuartetos en los salones de la Academia filarmónica de Santa Cecilia. El numeroso y distinguido público que asistió á esta sesión musical, aplaudió con verdadero entusiasmo á los dignos profesores, que con tanto acierto interpretaron aquellas obras inmortales.

La Empresa del Circo-Teatro de Rómea ha hecho una buena adquisición, ajustando al célebre prestidigitador Auboin-Brunet, que con sus difíciles suertes y con la exposición de cuadros disolventes, arranca muchos y merecidos aplausos. Los cuadros vivos agradan más cada día.

Hemos recibido un ejemplar de los *Cuentos gaditanos*, de D. Pedro Ibañez Pacheco.

Agradecemos el envío.

A última hora, y estando ya hecho este número, hemos recibido un importante trabajo acerca de Mr. Thiers que, accediendo á nuestros deseos, nos había prometido escribir nuestro ilustre redactor Mr. F. F. Steenackers. La publicaremos á la mayor brevedad, y nuestros lectores podrán apreciar todo el interés de este magnífico escrito histórico-biográfico con que honra al CÁDIZ el eminente autor de *Agnès Sorel*. Damos las gracias á nuestro querido amigo, y nos felicitamos de contar con una de las plumas más distinguidas de la Francia en nuestra Redacción.

Por haberse recibido tarde no puede ir en este número, quedando para el próximo, la brillante contestación que dá á las preguntas del CÁDIZ nuestro redactor D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Agradezco CÁDIZ, nuestro ilustre amigo la distinción que nos hace, ger la p...

Nos han favorecido llegando á formar parte de la colaboración del CÁDIZ, D. P. Perez Rioja, de Soria, y D. Ramon Ortiz y Beneyto, de Madrid.

El club de regatas de Cádiz, celebró el Domingo, día de la patrona de esta ciudad, Nuestra Señora del Rosario, una brillante regata á que acudieron los clubs de los puertos cercanos. Nuestra juventud lució su agilidad y destreza en los difíciles ejercicios que practicó. En el número próximo nos ocuparemos con más detalles de esta fiesta, por no tener ya espacio en este número del CÁDIZ, limitándonos á dar las gracias á la Junta directiva del club, por su billete de invitación á favor de la Sra. de Biedma.

PASATIEMPOS.

ROMPE-CABEZAS.

COCINERO CARLO MUTI.

Formar el nombre de un célebre jurisconsulto romano que nació en Arpina.

P. P.

FUGA DE CONSONANTES.

...a.e.o.o.a.e.
...euii.a;
...a.o.,...e.o.a.i.o.
...a.a...e.i.a;
...i.o.a.i.e.a.
...i.e.u.e.o.o.e.
...o.u.e.e.a.i.e.i.a

P. P.

Solución á los problemas.

1.º Edad del autor. — 22 años.
2.º Tenia A, 99 pesetas; B, 51; C, 27; y D, 15.
3.º Son el 1, 2 y 3=(1 más 2 más 3=6 multiplicado por 6=36 36...6=366.

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ
Sacramento 39 y Bules 8.